

corte harán sus firmas más fe que sus más fervientes protestas. Si aparecen como traidores, habrán de serlo en realidad, y harán de necesidad virtud.

TERZKY.—En fin, bueno es cualquier medio, si el resultado es lisonjero y al fin salimos de dudas.

ILLO.—Y al cabo... no tanto nos importa lo que hagan los generales, cuanto convencer á quien nos manda de que son suyos... obrará entonces con decisión, como si lo fueran, y lo serán y los arrastrará consigo.

TERZKY.—Hay ocasiones en que no puedo entenderlo. Da oídos al enemigo; me obliga á escribir á Thurn, y á Arnheim; habla de Sesina con la mayor libertad; me entretiene horas enteras con sus planes, y ya lo tengo por mío... cuando se me escapa de repente, y parece que su único objeto es quedarse con los brazos cruzados.

ILLO.—¿Renunciar á sus planes? Os digo que durmiendo y despierto no piensa en otra cosa; que por esto consulta á los planetas cada día...

TERZKY.—¿Ciertamente! ¿Y sabéis que la noche próxima se ha de encerrar con el doctor en el Observatorio, y consultará con él los astros? Esa noche, según he oído, será muy importante, y en el cielo ha de suceder algo extraño, y largo tiempo esperado.

ILLO.—¡Ojalá aconteciera lo mismo aquí abajo! Los generales están ahora excitados en su favor, y serán capaces de todo por no perder su jefe. Notad que se nos viene á la mano la ocasión más favorable para formar una estrecha alianza contra la corte. El pretexto no puede ser más sencillo: que lo dejen simplemente en su puesto. Pero sabéis bien que, una vez en la pendiente, pronto se pierde de vista el punto de partida. Pienso que, si el Príncipe los encuentra predispuestos, prontos á probar fortuna, no desaprovechará la coyuntura. Dado el primer paso importante, que jamás le perdonarán en Viena, la fuerza misma de

los sucesos lo arrastrará más y más lejos. Lo que más trabajo le cuesta es resolverse; pero cuando la necesidad lo aprieta, recobra en seguida su energía y su claro entendimiento.

TERZKY.— Esto es también lo que aguarda el enemigo para traernos un ejército.

ILLO.—¡Venid! Menester es que adelantemos más mañana en nuestra obra, que lo hemos hecho años enteros... Y si todo prospera aquí en la tierra, ¿no tengáis tuidad! que nos favorecerán también los astros. ¡Veamos á los jefes! Hay que machacar el hierro cuando arde.

TERZKY.— ¡Id vos, Illo! Yo espero aquí á la Condesa Terzky. Tened en cuenta que, por mi parte, no permaneceré ocioso... Si una cuerda se rompe, otra hay siempre preparada.

ILLO.—Sí, vuestra esposa se sonreía con misterio. ¿De qué se trata?

TERZKY.— ¡Es un secreto! ¡Silencio, que ya llega! (Vase Illo.)

ESCENA II.

EL CONDE, y LA CONDESA TERZKY, que sale de un gabinete; después UN CRIADO, y luego ILLO.

TERZKY.—¿Viene ella? No puedo detenerlo más tiempo.

LA CONDESA.— Viene en seguida. Despachadlo tan sólo.

TERZKY.— No sé, á la verdad, si nos lo agradecerá nuestro General. Ya sabes que, sobre este punto, nada ha dicho. Tú me has convencido, y debes saber hasta dónde ha de llegarse.

LA CONDESA.— Eso queda á mi cargo. (Aparte.) No hay

necesidad de plenos poderes para esto... (Alto.) Sin hablar, oh hermano, nos entendemos... ¿No sé yo acaso por qué ha sido traída aquí su hija, y por qué fué él el elegido para escoltarla? Ese casamiento con un novio á quien nadie conoce podrá engañar á otros... Comprendo tu propósito... No está bien, sin embargo, que tú intervengas en tales asuntos. ¡No, no! A mi discreción queda eso encomendado... ¡Bueno!... Ya verás cómo no te has engañado al juzgar á tu hermana.

EL CRIADO. (Que entra.) — ¡Los generales! (Vase.)

TERZKY. (A la Condesa.) — Cuida tú sólo de excitarlo, de darle en qué pensar... Si viene al banquete, que no vacile en firmar.

LA CONDESA. — ¡Tú, á tus convidados! Véte y envíamelo.

TERZKY. — Lo más importante es que firme.

LA CONDESA. — ¡Véte con tus convidados, véte!

ILLO. (Volviendo.) — ¿Qué os detiene, Terzky? Todos están allí esperándoos.

TERZKY. — ¡En seguida, en seguida voy! (A la Condesa.) Y que no se quede aquí mucho tiempo... Quizás su padre sospechará algo...

LA CONDESA. — ¡Cuidado inútil! (Vanse Terzky é Ilo.)

ESCENA III.

LA CONDESA TERZKY, MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

MAXIMILIANO. (Mirando con timidez.) — ¡Tía Terzky! Podré... (Entra hasta el centro de la escena, y mira á su derredor con inquietud.) No está aquí. ¿En dónde está?

LA CONDESA. — Mirad hácia aquel ángulo; quizás esté escondida detrás de aquel abrigo.

MAXIMILIANO. — Sus guantes están aquí. (Quiere cogerlos apresuradamente, pero la Condesa se los quita.) ¡Tía maligna! Me vais á negar... No tenéis otro placer que atormentarme.

LA CONDESA. — ¡Qué agradecimiento á mi trabajo!

MAXIMILIANO. — ¡Oh! ¡Haceos cargo del estado de mi ánimo!... Desde que llegamos aquí... ¡Guardar tanta reserva en miradas y palabras! No estoy acostumbrado á esto.

LA CONDESA. — A algunas otras cosas habréis de acostumbraros, excelente amigo. He de insistir en esta prueba de vuestra docilidad; solamente con esta condición puedo yo intervenir en tal asunto.

MAXIMILIANO. — Pero ¿en dónde está? ¿Por qué no viene?

LA CONDESA. — Preciso es que encomendéis este asunto á mi cuidado. ¿Quién será más benévolo con vos? Ningún hombre, ni aun vuestro padre, ha de saberlo.

MAXIMILIANO. — No hay necesidad alguna de hacerme este encargo. No hay aquí un sólo rostro, al cual me atreva yo á confiar lo que pasa en mi alma exaltada... ¡Oh, tía Terzky! ¿Es que aquí ha variado todo, ó que yo no soy ya quien era? Parece que estoy entre personas extrañas. No encuentro ni el más leve vestigio de mis deseos y alegrías anteriores. ¿Adónde fueron, pues? Y, sin embargo, en otro tiempo estaba yo gozoso en este mundo, que ahora me rodea. ¡Qué insípido me parece, qué vulgar! No puedo sufrir á mis compañeros. A mi mismo padre no sé qué decir. El servicio, las armas son para mí un juego vano. Así había de suceder á un alma bienaventurada, que desde las mansiones de la eterna alegría tornase á sus recreos y ocupaciones infantiles, á sus inclinaciones y amistades, y á toda esta humanidad miserable.

LA CONDESA. — He de rogaros, no obstante, que os dignéis echar algunas miradas á este mundo vulgar, en donde ocurre ahora algo grave.

MAXIMILIANO. — Algo nuevo ocurre aquí á mi alrededor, y

lo indica la actividad insólita que reina. Cuando todo haya concluido, llegará también á mí. ¿En dónde creeréis que he estado, tía? ¡No os burléis, por Dios! Angustiábame el bullicio del campamento, la oleada de fastidiosos conocidos, las bromas sin sustancia, la frívola charla. Sentíame oprimido, y me alejé buscando el silencio para este corazón demasiado lleno, y un lugar más puro para mi dicha. ¡No os riáis, Condesa! Fui á la iglesia. Hay aquí un convento, y al llegar á las puertas del santuario, me ví solo. Delante del altar hay una Virgen, cuadro nada bueno, en verdad, aunque caro á mi corazón, porque era lo que buscaba en este instante. ¡Cuán frecuentemente he observado á la Virgen en todo su esplendor, y el celo de sus adoradores!... Y nunca me sentí conmovido, y ahora comprendí por vez primera la devoción, como había comprendido el amor.

LA CONDESA.—Gozad de vuestra dicha, y olvidaos del mundo que os rodea. La amistad, vigilante mientras tanto, cuidará y obrará por vos.

MAXIMILIANO.—Pero, ¿en dónde está ella? ¡Oh viaje feliz, edad de oro, durante la cual nos reunía la salida del sol, y sólo la fría noche nos separaba! El reloj de arena no marcaba el tiempo, ni sonaba la campana. Parecía que las horas habían suspendido su curso en loor de este bienaventurado. ¡Oh! Como caído del cielo es quien ha de pensar en la carrera del tiempo. No hay horas para los seres felices.

LA CONDESA.—¿Cuán to hace ya que le manifestasteis vuestros sentimientos?

MAXIMILIANO.—Hoy por la mañana le dije la primera palabra.

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Hoy, después de veinte días?

MAXIMILIANO.—Sí, en ese castillo de caza, entre Nepomuce y donde estamos, y en cuyo paraje nos encontrasteis... la última estación de nuestro viaje. Estábamos ambos en una ventana, mirando á lo lejos los campos desiertos, y ca-

balgando ante nosotros los dragones que había enviado el Duque para escoltarnos. La idea de nuestra separación llenaba mi pecho de inquietud y de angustia, hasta que temblando, aventuré yo al fin estas palabras: «Todo esto me dice, señorita, que desde hoy, debo renunciar á mi dicha. Dentro de pocas horas veréis á vuestro padre, y os rodearan nuevos amigos... Yo seré entonces un extraño, perdido en esta multitud de gente...—Hablad con mi tía Terzky,» contestóme ella con voz vacilante, mientras el rubor teñía sus mejillas, y sus ojos, separándose lentamente de la tierra, tropezaron con los míos... No pude dominarme más... mis brazos la rodearon atrevidos, y mi boca oprimió la suya... Sonó entonces ruido en la habitación inmediata, y nos apartamos uno de otro... Erais vos, y ya sabéis lo demás.

LA CONDESA. (Después de una pausa, mirando á Tecla á hurtadillas.)—¿Y sois tan discreto ó sentís tan escasa curiosidad, que nada me preguntáis de mi secreto?

MAXIMILIANO.—¿Vuestro secreto?

LA CONDESA.—¡Si, de mi secreto! Cuando yo entré en la habitación buscándoos, y hallé en ella á mi sobrina, en ese primer momento de sorpresa de su corazón...

MAXIMILIANO. (Con viveza.)—¿Qué?

ESCENA IV.

Los mismos.—TECLA, que entra prontamente.

TECLA.—¡Ahorraos ese trabajo, tía! Mejor será que lo oiga de mis labios.

MAXIMILIANO. (Retrocediendo.)—¡Señorita!... ¿Qué me habéis hecho decir, tía Terzky?

TECLA. (A la Condesa.)—¿Hace mucho que vino aquí?

LA CONDESA.—Sí, y el tiempo ha pasado para él con rapidez. ¿En dónde habéis estado mientras tanto?

TECLA.—Mi madre había vuelto á llorar. Veo que sufre... y, sin embargo, no puedo evitar que yo sea feliz.

MAXIMILIANO. (Mirándola apasionado.)—Otra vez tengo valor para contemplaros. Antes no podía. El brillo de las piedras preciosas que os adornaban ocultaban á mi amada.

TECLA.—Mirábanme, pues, vuestros ojos, no vuestro corazón.

MAXIMILIANO.—¡Oh! Esta mañana, cuando os veía rodeada de los vuestros, y os encontraba en los brazos de vuestro padre, considerándome como un extraño en esta reunión, ¡cuán grande no era mi deseo de arrojarme á su cuello y de llamarle padre! Pero su mirada grave imponía silencio á mis sentimientos sobrecitados, y me asustaban los diamantes, que os rodeaban como una corona de estrellas. ¿Por qué, pues, al recibirlos vuestro padre, trazaba á vuestro alrededor un círculo infranqueable, adornándoos como á un ángel destinado al sacrificio, envolviendo vuestro sensible corazón en la triste carga de vuestro rango? El amor se atreve á conquistar el amor, pero sólo un rey osaría acercarse á tanta magnificencia.

TECLA.—¡Oh! ¡Guardemos silencio acerca de estos disfraces! Ya veis cuán prontamente me he despojado de ese fardo. (A la Condesa.) No está tranquilo. ¿Por qué? ¿Será mi tia quien ha perturbado su sosiego? Era muy otro durante nuestro viaje. ¡Tan pacífico y tan expansivo; tan alegre y tan animado! Yo quisiera veros siempre así, y nunca de otra manera.

MAXIMILIANO.—Os hablabais en los brazos de vuestro padre, en un mundo desconocido, que os rendía homenaje, que fascinaba vuestros ojos, sin duda por lo nuevo.

TECLA.—¡Sí! No negaré que muchas cosas me fascinan

aquí; este teatro de la guerra, tan variado, que bajo diversa forma, me recuerda una imagen querida. Lo que antes era para mí visión delectosa, se trueca aquí en vida real y verdadera.

MAXIMILIANO.—Y convierte mi dicha, también verdadera, en un sueño. Estos últimos días vivía yo como en una isla del firmamento; y desde allí, he caído en la tierra, y el puente que me ha traído á la realidad, me ha apartado también de mi cielo.

TECLA.—Las alternativas de nuestra existencia nos dejan nuestra tranquilidad, cuando llevamos en nuestro corazón un tesoro más seguro. En cuanto á mí, cuando lo considero, vuelvo más alegre á mi bien más querido... (Interrumpiéndose y con un tono ligero.) ¡Cuántas cosas nuevas é inesperadas no he visto yo en tan corto tiempo! Y todo esto, sin embargo, no será comparable con los encantos que ha de encerrar este castillo misterioso.

LA CONDESA. (Reflexionando.)—¿Qué será esto? Yo conozco perfectamente hasta los ángulos más recónditos de esta casa.

TECLA. (Sonriendo.)—Defendido por duendes está el camino que lleva allá, porque dos ancianos hacen centinela á la puerta.

LA CONDESA. (Riéndose.)—¡Ah! ¡Ya! ¡La torre astrológica! Y cómo ese santuario, siempre guardado con tanto rigor, se ha abierto para ti tan pronto?

TECLA.—Un anciano pequeño, de blancos cabellos, y de fisonomía benévola, me ha demostrado al punto su buena voluntad, y me ha abierto la puerta.

MAXIMILIANO.—Es el astrólogo del Duque, es Sení.

TECLA.—Preguntóme muchas cosas; cuándo nací, en dónde, en qué mes, en qué fecha, si era de noche ó de día.

LA CONDESA.—Porque se proponía trazar vuestro horóscopo.

TECLA.—Examinó también mis manos, y movió pensativo su cabeza, sin duda porque las líneas no le agradaban.

LA CONDESA.—¿Qué os pareció esta sala? Sólo la he visto de paso.

TECLA.—Soprendióme sobremanera cuando entré en ella de improviso, dejando la claridad, y rodeándome una oscuridad profunda, débilmente mitigada por una luz extraña. Seis ó siete estatuas grandes de reyes me cercaban en semicírculo, con sus cetros, y cada uno con una estrella en la cabeza, y toda la luz de la habitación parecía salir de esas estrellas. Según me dijo mi guía, «eran los planetas, los que presidían al destino, por lo cual se les representaba como reyes.» El que más se separa de ellos, un anciano sombrío y de mal talante con una estrella de amarillo pálido, era Saturno; el de luz rojiza, enfrente del primero, de aspecto guerrero, era Marte, y los dos poco favorables á los hombres. A su lado había una bella estatua de mujer, con una estrella de delicado brillo, que era Venus, el astro de la alegría. A su izquierda estaba Mercurio con alas. En medio resplandecía con una luz argentada un hombre sereno, con trazas de rey, que era Júpiter, el planeta de mi padre, y la luna y el sol á uno y otro lado.

MAXIMILIANO.—Oh! nunca he querido reconvenirle por su fe en los astros y en el poder de los espíritus. No es sólo el orgullo del hombre quien llena el espacio de genios y de poderes misteriosos; que para un corazón enamorado, la naturaleza es demasiado estrecha, reinando más profundidad para mí en los cuentos de mi niñez que en la misma verdad de la vida. El mundo sereno de los portentos es el único que satisface á los corazones apasionados, el que descubre más vastos espacios, el que nos presenta mil ramas lozanas, en las cuales el espíritu embriagado se mece venturoso. El amor vive en el mundo

de las ficciones, habitando de buen grado entre hadas y talismanes, y creyendo en las divinidades, porque él es también algo divino. Ya no existen los dioses antiguos de la fábula, y los héroes, que tan grande encanto ofrecían han desaparecido; y, sin embargo, el corazón necesita tener también su lenguaje, y los nombres antiguos reaparecen al impulso de las causas que los crearon, habiéndose refugiado entre los astros, los que en otro tiempo peregrinaron en la tierra, alegrando la vida. Desde allí se ponen con los hombres en contacto, y ahora todavía Júpiter nos concede la grandeza, y Venus la hermosura.

TECLA.—Si en esto consiste la astrología, confieso que me agrada aceptar creencias tan gratas. Idea risueña y simpática es la de pensar que, en esas alturas infinitas, se formaba ya, al nacer nosotros, la guirnalda de estrellas brillantes de nuestro amor.

LA CONDESA.—No sólo rosas, que también el cielo tiene espinas! Feliz tú, si no lastiman tu corona. Si Venus acuerda algo, como productora de la felicidad, puede desvanecerlo en breve Marte, el astro de la desgracia.

MAXIMILIANO.—¡Pronto terminará su funesto imperio! Bendito sea ese celo, digno del Príncipe, porque entrelazará con el laurel la rama de oliva, y dará la paz al mundo agradecido. Ya ha hecho bastante por su fama, y puede vivir en paz para sí y para los suyos. Se retirará en sus dominios; en Gitschin posee una bella residencia, y Reichenberg y el castillo de Friedlandia son lugares tranquilos, y hasta el pie de Riesengebirge se extienden sus selvas, abundantes en caza. Allí, como conviene á un Príncipe, puede vivir libre y sin sujeción alguna, proteger las artes, y dar estímulo á todo lo digno y elevado... Puede edificar, hacer plantaciones, observar los astros... Y, si su audacia y su energía no lo dejan descansar, también puede luchar con los elementos; variar el curso de los ríos, hacer volar

las rocas y abrir al tráfico caminos más fáciles. Después, en las largas noches de invierno, se contarán episodios de nuestras campañas...

LA CONDESA.— Os aconsejaría, no obstante, sobrino, que no abandonéis tan pronto las armas. Porque una esposa como ésta merece ganarse, sin duda, con la punta de la espada.

MAXIMILIANO.— ¡Oh! ¡Si hubiera de ganarse de este modo!

LA CONDESA.— ¿Qué es esto? ¿No oís nada?... Me parece que de la sala del banquete llega hasta aquí el bullicio de disputas acaloradas. (Vase).

ESCENA V.

TECLA y MAXIMILIANO PICCOLOMINI.

TECLA. (En cuanto se va la Condesa, á Maximiliano, rápidamente y con misterio.)— No os fiéis de ellos. No piensan como obran.

MAXIMILIANO.— ¿Sería posible que...

TECLA.— No os fiéis de nadie más que de mí. Sí, estoy ya convencida de que tienen un plan.

MAXIMILIANO.— ¿Un plan? ¿cuál? ¿Qué pudieran esperar de que alimentáramos...

TECLA.— No sé. Pero creedme, no tratan formalmente de uniones, de hacer nuestra dicha.

MAXIMILIANO.— Y ¿para qué también esta Terzky... ¿No tenemos á tu madre? Seguramente merece su bondad que se lo confiemos todo con sencillez.

TECLA.— Te ama, te prefiere á todos; pero, á pesar de esto, nunca osará ocultar este secreto á mi padre. Por amor á su tranquilidad hemos de ser reservados.

MAXIMILIANO.— Pero ¿á qué este perpetuo misterio? ¿Sabes lo que pienso hacer? Me arrojo á los pies de tu padre, para que decida de mi ventura; es amante de la verdad, franco, y detesta los caminos tortuosos; es tan bueno, tan noble...

TECLA.— Tú sí lo eres.

MAXIMILIANO.— Tú lo conoces sólo desde hoy. Yo vivo á su vista hace ya diez años. ¿Será esta la vez primera que hace lo raro y lo inesperado? Es suyo el sorprender como un Dios; siempre ha de arrebatarse y llenar de admiración. ¿Quién sabe si en este instante aguarda sólo mi confesión y la tuya para unirnos?... ¿Callas? ¿Me miras dudosa? ¿Qué tienes que decir contra tu padre?

TECLA.— ¿Yo? Nada... Sólo que lo encuentro ocupado en demasía, para disponer del tiempo y lugar necesarios para pensar en nuestra dicha. (Tomándole la mano con ternura.) ¡Sígueme! No tengamos en los hombres gran confianza. Hemos de agradecer á los condes de Terzky el favor que nos dispensan; pero no hay que confiar en ellos más de lo que merecen, y en lo demás... sólo de nuestro corazón fiarnos.

MAXIMILIANO.— ¡Oh! ¿Nunca, pues, seremos felices?

TECLA.— ¿No lo somos ya? ¿No eres tú mío? ¿No soy yo tuya?... Noble valor hay en mi alma, hijo del amor... Debiera ser yo menos franca, disfrazarte más mis sentimientos, y así lo quiere la costumbre. Pero ¿en dónde habrá verdad para ti, si no la hay en mis labios? Ya que nos hemos encontrado en nuestro camino, mantengámonos unidos firme y perpetuamente. Créeme, esto es mucho más de lo que han querido. Guardémoslo, por tanto, en lo más recóndito de nuestro corazón como un robo sagrado. Desde las alturas del cielo ha caído sobre nosotros, y sólo al cielo hemos de agradecerse. Puede hacer un milagro en favor nuestro.

ESCENA VI.

LOS MISMOS, y la CONDESA TERZKY.

LA CONDESA. (Con precipitación.)—Mi esposo me envía aquí... Ha llegado el instante supremo. Es ese el festín, en donde... (No cuidándose de lo que dice, se interpone entre ambos.) ¡Separaos!

TECLA.—¡Todavía no! Apenas hace un momento...

LA CONDESA.—Pronto pasa el tiempo para vos, mi sobrina la Princesa.

MAXIMILIANO.—No hay prisa ninguna, tía.

LA CONDESA.—¡Fuera, fuera! Se nota vuestra falta. Vuestro padre lo ha dicho ya dos veces.

TECLA.—Sí, pero su padre...

LA CONDESA.—Ya lo comprendéis, sobrina.

TECLA.—¿Qué tiene que hacer con esa sociedad? No debe estar allí. Serán, sin duda, hombres dignos y beneméritos, pero es demasiado joven para ellos y no les sirve para nada.

LA CONDESA.—¿Preferiríais, pues, retenerlo aquí?

TECLA. (Con pasión.)—Justamente. Tal es mi propósito. Así, dejadlo aquí, y digan esos señores lo que quieran...

LA CONDESA.—¿Estáis loca, sobrina?—Conde, ya sabéis las condiciones.

MAXIMILIANO.—Debo obedecer, señorita. ¡Adios! (Al volverse Tecla con rapidez.) ¿Qué decis?

TECLA. (Sin mirarlo.)—¡Nada! Andad con Dios.

MAXIMILIANO.—¿Puedo hacerlo, si os incomodáis conmigo... (Acércase á ella, y sus ojos se encuentran; ella permanece en silencio un instante, después se arroja en sus brazos y él la oprime contra su pecho.)

LA CONDESA.—¡Alejaos! Si alguien viniera... Oigo ruido... voces extrañas se acercan. (Maximiliano se arranca de los brazos de Tecla, y se va, acompañado de la Condesa. Tecla lo sigue al principio con la vista, se pasea inquieta por la sala, y parece luego absorbida en sus pensamientos. Coge un laúd que hay sobre una mesa, y, preludiando melancólicamente, canta al fin de esta manera.)

ESCENA VII.

TECLA, sola.

TECLA. (Tocando y cantando.)—«Resuena la selva, corren las nubes, y la doncella camina por la verde orilla, mientras las olas se estrellan con fuerza, y canta en la oscura noche, llenos de lágrimas sus ojos.

«Muerto está mi corazón, el mundo vacío, y no me inspira ya deseo alguno. ¡Dios santo, llama de nuevo á tu hija, porque he gustado la dicha terrenal, he vivido y he amado!»

ESCENA VIII.

TECLA y LA CONDESA, que vuelve.

LA CONDESA.—¿Qué ha sido esto, señora sobrina? ¡Vaya! Os arrojáis á su cuello. Debierais, sin embargo, según creo, venderos algo más cara.

TECLA. (Levantándose.)—¿Qué decis, tía?

LA CONDESA.—No debéis olvidar quién sois y quién es él. Seguramente no habéis pensado hasta ahora en eso.

TECLA.—¿En qué?

LA CONDESA.—En que sois hija del Príncipe de Friedlandia.

TECLA.—Bien; y ¿qué?

LA CONDESA.—¿Y qué? ¡Vaya una pregunta!

TECLA.—Lo que hemos llegado á ser, lo era él desde que nació. Es hijo de una princesa, de un antiguo linaje lombardo.

LA CONDESA.—¿Qué visiones! En verdad que será menester suplicarle cortésmente que haga feliz á la princesa más rica de Europa, dándole su mano.

TECLA.—No será necesario.

LA CONDESA.—Sí, será lo mejor no exponerse á ello.

TECLA.—Su padre lo ama; el conde Octavio nada podrá decir en contra.

LA CONDESA.—¿Su padre? ¿El suyo? ¿Y el vuestro, sobrina?

TECLA.—¡Ya! Me parece como si temierais á su padre, y quizá por eso ante él, ante su padre, os mostráis tan reservada.

LA CONDESA. (Mirándola con aire inquisitorial.)—Sobrina, no decís la verdad.

TECLA.—¿Sois sensible, tía! ¡Oh, sed buena!

LA CONDESA.—¿Creéis haber ganado ya la partida?... No os alegréis tan prematuramente.

TECLA.—¿Sed sólo buena!

LA CONDESA.—Todavía no hemos llegado tan lejos.

TECLA.—Demasiado lo sé.

LA CONDESA.—¿Pensáis, acaso, que ha empleado su vida importante en la guerra, renunciado á toda dicha terrestre pacífica, desterrado el sueño de su lecho, y abandonado su noble cabeza á los cuidados, sólo para hacer de vosotros dos una pareja venturosa? ¿Para sacarte, al fin, de tu convento, y traerte en triunfo al hombre que te agrada?... Sin tanto trabajo lo hubiese logrado. Esta semilla no se

sembró para que tú troncharas su flor con tu mano infantil, y la llevaras en tu pecho de frívolo adorno.

TECLA.—Pero lo que no se ha sembrado para mí podría ofrecermelo, sin embargo, y espontáneamente, suave fruto. Y si mi grato y benévolo destino, de su existencia, horriblemente monstruosa, quiere preparar para mí la alegría de mi vida...

LA CONDESA.—Discurres como una joven enamorada. Mira á tu rededor. Reflexiona en dónde estás... No has entrado en la mansión de la alegría, ni te hallas en ningún himeneo, colgadas las paredes, y con guirnaldas de flores los convidados. Aquí no hay más brillo que el de las armas. ¿Te imaginas, por ventura, que estos miles de hombres se han reunido para celebrar tus nupcias? Observa la frente pensativa de tu padre, las lágrimas que llenan los ojos de tu madre, y te dirán que está en peligro el destino de nuestra casa. ¡Renuncia, pues, á los sentimientos pueriles de la juventud, á deseos mezquinos! ¡Prueba que eres la hija de un hombre extraordinario! La mujer no es dueña de sí misma, sino depende del destino ajeno. La mejor es, por tanto, la que elige ese sér extraño, y lo lleva en su corazón, y lo cuida con amor ferviente.

TECLA.—Eso mismo me decían en el convento. Yo no sentía deseo alguno, y sólo me miraba como su hija, como la hija de un hombre poderoso; y su fama, que también llegaba hasta mí, no me sugería ningún otro sentimiento que el de considerarme destinada á sacrificarme por él.

LA CONDESA.—Y tal es tu destino. Siguelo, pues. Tu madre y yo te damos el ejemplo.

TECLA.—La casualidad me ha traído la persona, por quien me debo sacrificar; lo seguiré, por tanto, llena de alegría.

LA CONDESA.—Tu corazón, hija mía, no la casualidad.

TECLA.—El impulso del corazón es la voz del destino. Yo soy suya. Presente sólo suyo es esta nueva vida, que ahora

siento en mí. Él tiene sus derechos sobre su obra. ¿Qué era yo, antes que su dulce amor me animase? No quiero pensar de mí de otra manera que él mismo piensa. No, no puede ser un alma vulgar, quien posea riquezas tan inapreciables. Siento que la dicha me ha inspirado igual energía. La vida es algo serio y grave para un alma grave y formal. Ahora sé que soy dueña de mí misma, y he aprendido á conocer la firme voluntad, la voluntad incontrastable que hay en mi pecho, y puedo poner cuanto poseo al servicio de fin tan elevado.

LA CONDESA.—¿Querías, pues, oponerte á tu padre, si resolviera otra cosa?... ¿Piensas tú acaso disuadirlo de su propósito? Sabe, hija, que se llama Friedlandia.

TECLA.—También yo me llamo así. Verá que yo soy hija suya.

LA CONDESA.—¿Cómo? ¿Su Soberano, su Emperador no lo domina, y tú, hija suya, osarás luchar con él?

TECLA.—A lo que nadie se atreve se atreverá su hija.

LA CONDESA.—Sí, sin duda no se balla dispuesto á tales cosas. ¿Y habrá vencido tantos obstáculos, y encontrará una nueva batalla en la voluntad de su propia hija? ¡Niña, niña! Hasta ahora sólo has visto las sonrisas de tu padre, no la cólera pintada en sus ojos. ¿Se aventurará la voz de tu oposición, temblando de miedo, á hacerse oír frente á frente? Podrás formar magníficos proyectos cuando estás sola, imaginar frases elocuentes, é inspirar el valor de un león en tu alma de paloma. ¡Prueba, sin embargo! Te presentarás ante él, y, al mirarte fijamente, quedarás muda. Te sucederá lo que á la hoja de flor delicada ante la mirada de fuego del sol... No intento asustarte, querida niña, porque espero que no llegaremos á ese extremo... Ignoro también cuál sea su propósito. Quizás esté de acuerdo con tus deseos. Pero nunca será que tú, hija orgullosa de su buena fortuna, obres como cualquiera jovencuela enamora-

da, y te abandones al hombre que, aun en el caso de estar destinado á recibir tan preciosa recompensa, ha de merecerla, haciendo el más costoso sacrificio, que el amor exige. (Vase.)

ESCENA IX.

TECLA, sola.

TECLA.—¡Agradécote tu advertencia! Convierte en hecho indudable mi triste presunción. Así, ¿es, pues, verdad esto? Aquí no tenemos ni un amigo, ni un corazón fiel... no tenemos á nadie más que á nosotros mismos. Duras batallas nos amenazan. Danos tú, oh amor divino, la fuerza necesaria. ¡Oh! ¡Dice la verdad! No son de buen agüero las señales que dan su luz á esta unión de nuestros corazones. La esperanza no encuentra aquí lugar alguno de descanso. Sólo se oye aquí el confuso ruido de las armas, y hasta el amor... como cubierto con coraza, y armado para morir peleando, se ofrece aquí á nuestras miradas. Un espíritu malévolo se respira en nuestra casa, y hasta la suerte parece apresurarse á acabar con nosotros. Me han arrancado de mi tranquila residencia, en donde vivía libre, y un encanto seductor me deslumbra. Atráeme su figura celestial, y la veo acercarse á mí más y más. Su poder sobrehumano me arrastra hacia el abismo, y no puedo resistirlo. (Se oye á lo lejos la música del banquete.) ¡Oh! Cuando una casa ha de ser consumida por el fuego, las nubes se acumulan sobre ella, el rayo cae desde la altura; llamas despiden los abismos subterráneos, y hasta el Dios del placer, ciego de ira, cerca con sus hogueras al edificio incendiado. (Vase.)